

Georgina, mandando que cuidasen de no despertarlos.

Estas cunas eran sencillos cuévanos de campaña; una especie de canastillas muy bajas, que puestas en el suelo permiten que el niño salga él solo, sin necesitar auxilio ageno. Al lado de cada cuna el Imano puso una escudilla de sopa y en ella una cuchara de madera. La escala de salvamento estaba en el suelo de la biblioteca y apoyada contra la pared. El Imano hizo colocar las cunas, que se tocaban por los extremos, junto á la pared de enfrente de donde estaba la escalera, y despues abrió de par en par las seis ventanas de la biblioteca. La noche era clara y apacible.

Hizo que los hermanos Pica-en-bosque fuesen á abrir las ventanas de los pisos superior é inferior. Observó en la fachada oriental del edificio una hiedra grande y vieja, seca, que creyó podría serle útil, porque cubria todo un lado del puente de arriba á abajo y formaba como un marco en las ventanas de los tres pisos.

Despues de inspeccion minuciosa, salieron los cuatro hombres del castillejo y regresaron á la torre. El Imano cerró otra vez con dos vueltas de llave la pesada puerta de hierro, examinó la cerradura enorme y terrible y el cabo de la mecha azufrada, que pasaba por el agujero que habia él mismo practicado, y que era el único medio de comunicacion que quedaba ya entre la torre y el puente. Aquella mecha partía de la sala redonda, pasaba por bajo de la puerta de hierro, entraba por la bóveda, descendía por la escalera del piso bajo del puente, serpenteaba por la espiral, se arrastraba por el suelo de la Sala de Guardias y terminaba en el charco de alquitran que estaba en contacto con los toneles y con las faginas. El Imano habia calculado que necesitaria un cuarto de hora la mecha encendida en el interior de la torre para comunicar el fuego al alquitran que estaba debajo de la biblioteca. Tomadas estas disposiciones, devolvió la llave de la puerta de hierro al marqués de Lantenac, que se la guardó en el bolsillo.

Importaba vigilar todos los movimientos de los sitiadores. El Imano se situó de centinela, llevando la trompeta al cinto, en la garita de la plataforma de lo alto de la torre; allí observaba por el lado del bosque y por el lado de la meseta, teniendo á su inmediacion un frasco de pólvora, un saco lleno de balas y

ejemplares de periódicos, ocupándose toda la noche en hacer cartuchos.

Cuando salió el sol alumbró ocho batallones en el bosque con las fornituras puestas y la bayoneta calada y dispuestos para el asalto; en la meseta dejó ver una batería de cañones con cartuchos y cajas de metralla, preparados tambien para entrar en fuego; habia en la fortaleza diez y nueve hombres cargando trabucos, fusiles, pistolas y escopetas, y en las tres cunas tres niños dormidos.

LIBRO TERCERO

El martirio de San Bartolomé.

I.

Los niños se despertaron; primero se despertó la niña.

Los niños despiertan como se abren las flores, exhalando como un perfume de sus frescas almas.

Georgina, que solo tenia veinte meses, pues aun tetaba en Mayo, levantó la cabecita, se sentó, se miró los piés y se puso á charlar.

Un rayo de la luz de la mañana reflejaba en su cuna y era difícil de decir qué era más rosado, si su pié ó el rayo de la aurora.

Los otros dos niños dormían aun; los varones tienen el sueño más pesado. Georgina, alegre y tranquila, charlaba.

Renato era moreno, Alan tenia el pelo castaño y Georgina era rubia. El color del cabello en la infancia, de acuerdo con la edad, suele cambiar despues. Renato ofrecia el aspecto de un pequeño Hércules y dormía boca abajo con los puños en los ojos. Alan tenia las piernas fuera de la cuna.

Sus vestidos eran andrajosos; eran los que les dió el batallon del Gorro Rojo, pero que ya se habian hecho á pedazos, lo mismo que las camisas; los dos niños casi estaban desnudos; Georgina llevaba un trapo, que fué vestido, pero que ya solo era corpiño. No era fácil saber quién los cuidaba. No tenían madre. Los salvajes y beligerantes campesinos que los arrastraban consigo de bosque en bosque les daban parte de su rancho, y éste era todo el cuidado que tenían de ellos.

Los niños vivían como podían; todos eran amos suyos, pero ninguno era su

padre. Los andrajos no sientan mal á los niños.

Georgina seguía charlando.

Como canta el pájaro, charla el niño; es el mismo himno confuso, balbuceado y profundo. El niño tiene además lo que no tiene el pájaro; el porvenir, el oscuro destino humano ante él. De aquí nace la tristeza de los hombres que oyen, contrapuesta á la alegría del niño que canta. El cántico más sublime que puede oirse en el mundo es el balbuceo del alma humana en los labios de la infancia; ese confuso cuchicheo de un pensamiento, que aun no es más que instinto, contiene no sé qué llamamiento á la justicia eterna; quizá es una protesta que se hace en el umbral de la vida antes de traspasarlo para entrar en ella; protesta humilde y doliente, en la que esa ignorancia, que se sonríe, compromete á toda la creacion en el destino de aquel sér débil y desarmado. Si se apodera de él la desgracia, será por un abuso de confianza.

El murmullo del niño es más y es menos que la palabra; no son notas y es un cántico, no son sílabas y es un lenguaje; principió en el cielo y no terminará en la tierra; existe antes del nacimiento y cuando nace lo sigue; es solo una continuacion: se compone de lo que el niño decia cuando era ángel y de lo que dirá cuando sea hombre; la cuna tiene su *Ayer*, como la tumba tiene su *Mañana*; y este ayer y este mañana amalgaman en ese gorjeo su respectivo secreto, y nada prueba tan bien la existencia de Dios, la de la eternidad y el dualismo del destino, como esa sombra formidable de esa alma de color de rosa.

Lo que Georgina balbuceaba no la entristecia; su hermoso semblante era todo él una sonrisa; sonreían en él los ojos, la boca y hasta los hoyuelos de las mejillas. Desprendíase de su sonrisa la misteriosa aceptacion de la aurora. El alma tiene fé en sus rayos. El cielo estaba azul, hacia calor y un tiempo hermoso; la débil criatura, sin saber, sin conocer, sin comprender nada, muellemente sumergida en el pensamiento que no piensa aun, se creía segura en medio de la tranquilidad de la naturaleza, entre aquellos árboles de sincero verdor, en aquella campiña pura y pacífica, entre los ruidos de los nidos, de las fuentes, de las moscas y de las hojas, sobre los que resplandecía la inmensa inocencia del sol.

Despues de Georgina se despertó Renato, el mayor, que tenia cuatro años

cumplidos. Se puso en pié, salió virilmente de la cuna, vió su escudilla, sin extrañar encontrarla á punto, se sentó en el suelo y empezó á comer la sopa.

La charla de Georgina no despertó á Alan, pero el ruido que hacia la cuchara en la escudilla le hizo volverse de repente y abrir los ojos. Alan tenia tres años; vió su escudilla al alcance de la mano, extendió el brazo, la tomó, y sin salir de la cuna púsose sobre las rodillas, y, como Renato, cogió la cuchara y empezó á comer.

Georgina no los oía; las ondulaciones de su voz parecían modelar los vaivenes de un sueño. Sus grandes ojos abiertos miraban hácia el cielo y eran preciosos.

Cuando Renato acabó de comer la sopa, rebañó con la cuchara el fondo de la escudilla, suspiró y dijo con dignidad: "Ya me he comido la sopa." Estas palabras llamaron la atencion de Georgina, que gritó:

—Papa!

Viendo que Renato habia comido y que Alan estaba comiendo aun, tomó la escudilla que tenia á su lado llena de sopa y comió tambien, no sin llevarse la cuchara con más frecuencia á las orejas que á la boca. De vez en cuando comía con los dedos.

Alan, despues de rebañar la escudilla, como su hermano, salió de la cuna y se fué á jugar con él.

II.

De repente se oyó fuera de la torre, por el lado del bosque, la voz del clarín, á la que respondió la voz de la trompeta en la fortaleza. Esta vez el toque de clarín llamaba y el de la trompeta respondía; despues se repitió el doble toque.

Luego se oyó en la entrada del bosque una voz lejana, pero clara, que gritaba:

—Sublevados, oid la intimacion que os dirigimos. Si no os rendís á discrecion, al ponerse el sol os atacaremos.

Otra voz de trueno respondió desde la plataforma de la torre:

—Atacad.

La de abajo añadió:

—Como aviso final, se disparará un cañonazo media hora antes del ataque.

La voz de arriba repitió:

—Atacad.

Los niños no oían estas voces, pero sí el sonido del clarín y de la trompeta. Georgina, cuando oyó el primer toque del clarín, levantó la cabeza y dejó de comer; cuando oyó el toque de la trompeta,

dejó la cuchará en la escudilla; al segundo sonido del clarín levantó el pequeño índice de la mano derecha, y bajándole y levantándole alternativamente, marcó las cadencias del instrumento, que vino á prolongar el segundo toque de la trompeta. Luego, cuando callaron trompeta y clarín, quedó pensativa con el dedo en alto y murmurando á media voz:

—Música!

Suponemos que queria decir música.

Renato y Alan no fijaron la atención en el clarín ni en la trompeta; otra cosa les absorbía: una cucaracha que atravesaba la biblioteca.

La vió Alan y gritó:

—Un bicho!

Renato acudió á verle; Alan añadió:

—Ese bicho pica.

—Pues no le hagas mal, le contestó Renato.

Los dos se quedaron mirando cómo andaba la cucaracha.

Cuando Georgina acabó de comer la sopa buscó con la vista á sus hermanos, que estaban en el hueco de la ventana en cuclillas, mirando la cucaracha, graves, atentos, con las frentes juntas, mezclándose los cabellos de uno y otro, conteniendo la respiración y contemplando maravillados el bicho, que se paró, disgustado, al parecer, de la admiración de los niños.

Georgina, al ver en esa posición á sus hermanos, quiso saber qué es lo que miraban; no la era fácil llegar hasta donde estaban, pero lo intentó: había para ella muchas dificultades en el trayecto, porque había muchos objetos por el suelo; taburetes patas arriba, montones de papeles, cajones desclavados y vacíos, baules y otros enseres, que eran otros tantos escollos. Georgina empezó por salir de la cuna, que ya para ella era un trabajo; después serpenteó entre los arrecifes y los estrechos, se arrastró entre dos cofres, pasó por encima de un gran lio de papeles, trepando por un lado y rodando por el otro, y llegó á lo que los marinos llamarían el mar libre, es decir, á un espacio grande del suelo que no estaba obstruido y que no ofrecía peligros. Atravesó á cuatro piés este espacio, que ocupaba todo el diámetro de la sala, con la ligereza de un gato y llegó cerca de la ventana. Allí encontró un obstáculo formidable; la escalera grande puesta horizontalmente junto á la pared, cuyo extremo sobresalía un poco de la esquina que formaba el hueco de la ventana; este extremo constituía entre Geor-

gina y sus hermanos una especie de cabo que era preciso doblar. Se detuvo y meditó; cuando terminó su monólogo interior, tomó su partido. Asíó resuelta con sus dedos rosados uno de los peldaños, que por la posición de la escalera estaban verticales y no horizontales: trató de levantarse sobre los dos piés; la primera vez no lo consiguió, ni la segunda, cayendo al suelo dos veces; pero la tercera vez logró tenerse derecha, y apoyándose sucesivamente en cada uno de los peldaños, echó á andar á lo largo de la escalera; al llegar al último escalon, como le faltó el punto de apoyo, vaciló, pero asiendo con las dos manos el extremo del montante, que era enorme, dobló el promontorio, miró á Renato y á Alan y se echó á reír.

III.

En aquel instante Renato, satisfecho de las observaciones que hacia en la cucaracha, levantaba la cabeza y decía:

—Es hembra.

La risa de Georgina hizo reír á Renato y la de Renato á Alan.

Georgina se juntó con sus hermanos y formaron un pequeño cenáculo sentados en el suelo.

Pero la cucaracha había desaparecido. Se aprovechó de la risa de Georgina para ocultarse en tierra.

Otros acontecimientos siguieron al de la cucaracha.

En primer lugar pasaron varias golondrinas, que probablemente tendrían sus nidos bajo el alero del tejado. Vinieron á volar cerca de la ventana, recelosas de los niños, describiendo grandes círculos en el aire y lanzando su dulce grito de primavera. Hicieron levantar la vista á los niños, que se olvidaron de la cucaracha.

Georgina señaló con el dedo á las golondrinas y exclamó:

—Paros!

—No se dice paros, sino pájaros, le dijo Renato reconviéndola.

—Caros! repuso Georgina.

Los tres niños se quedaron mirando á las golondrinas.

Después entró una abeja. La abeja se asemeja al alma; vá de flor en flor, como el alma de astro en astro, y recibe la miel como el alma la luz.

La abeja hizo ruido al entrar, zumbando en alta voz, como si dijese: "Vengo de ver rosas y ahora vengo á ver niños: ¿qué sucede aquí?" La abeja es como un ama de casa; riñe cantando.

Mientras la abeja estuvo en la biblioteca, los tres pequeños no apartaron la vista de ella. La abeja exploró todos los rincones de la estancia, revoloteando como si estuviese en su casa, en su colmena, y voló melodiosamente de armario en armario, mirando los títulos de los libros al través de los cristales, como si tuviese inteligencia.

Hecha la visita se marchó.

—Se vá á su casa, dijo Renato.

—Es un bicho, repuso Alan.

—No, es una mosca, replicó Renato.

—Moca, repitió Georgina.

Alan, que encontró en tierra un bramante, cuyo extremo tenía un nudo, le asíó por el otro extremo entre el índice y el pulgar, haciendo con él una especie de molinete, que miraba atentamente cómo daba vueltas; Georgina, volviendo á andar á gatas, descubrió un venerable sillón de tapicería, apolillado, cuya crin salía por muchos agujeros: se paró, metió en él los dedos y se entretuvo en sacar la crin. De repente interrumpió su tarea y levantó el dedo, lo que quería decir: Escuchad.

Los dos chicos volvieron la cabeza.

Oíase en el exterior de la torre estrépito vago y lejano; era probablemente que los sitiadores ejecutaban algún movimiento estratégico en el bosque. Relinchaban caballos, redoblaban tambores, rodaban arcones de artillería, chocaban cadenas, cornetas militares llamaban y se respondían. Los niños escuchaban con deleite.

—Es Dios que hace ese ruido, dijo Renato.

El estrépito cesó.

Renato quedó pensativo.

¿Cómo se descomponen y se recomponen las ideas en los cerebros infantiles? ¿Cuál es el movimiento interior y misterioso de su memoria, tan corta y tan oscura? Hízose en aquella tierna y pensativa cabeza una mezcla de ideas de Dios, de oración, de manos cruzadas, de la sonrisa que en otro tiempo le dedicaban y que desapareció, y Renato murmuró á media voz:

—Mamá!

—Mamá! dijo también Alan.

—Mamá! repitió Georgina.

Después Renato se puso á saltar; Alan le imitó, reproduciendo los movimientos y gestos de aquel.

Georgina se quedó sentada, diciendo de vez en cuando alguna palabra. Era pensadora; hablaba por medio de apotegmas; era monosilábica. Al cabo de un ra-

to, seducida por el ejemplo, concluyó por querer imitar á sus hermanos, y los seis piecitos desnudos se pusieron á bailar, á correr y á tropezar por aquel piso lleno de objetos, bajo las miradas graves de los bustos de mármol, á los que miraba Georgina de vez en cuando, diciendo:

—Homes!

En el lenguaje de Georgina era hombre todo lo que tenía aspecto de serlo. Los seres solo se presentan á la imaginación de los niños confundidos con los fantasmas. Georgina, oscilando más que andando, seguía á sus hermanos, pero muchos ratos andaba á gatas.

De pronto Renato, que se acercó á una ventana, levantó la cabeza, la bajó luego, y fué á refugiarse en el rincón que formaba el hueco. Acababa de ver á un hombre que le miraba; era un soldado azul del campamento de la meseta, que aprovechándose de la tregua y acaso infringiéndola, se aventuró á llegar hasta el extremo de la esarpa del Torrente, desde el que descubría el interior de la biblioteca. Al ver que Renato se refugiaba, Alan se refugió también al lado de su hermano y Georgina se ocultó detrás de ellos. Permanecieron un rato en silencio é inmóviles. Después que pasaron algunos instantes, Renato se aventuró á sacar la cabeza; pero viendo que el soldado estaba allí todavía, la retiró con presteza, y los tres chicos volvieron á quedar inmóviles largo rato. Al fin Georgina se cansó de tener miedo, recobró su audacia y miró. Pero el soldado había desaparecido y los tres volvieron á jugar y á correr.

Alan, aunque era imitador y admirador de Renato, poseía la especialidad de los hallazgos. Sus hermanos le vieron de repente que galopaba como un desesperado, tirando de un carrito de cuatro ruedas que había desenterrado no se sabía de dónde.

Dicho coche de muñecas estaba allí muchísimos años, cubierto de polvo y olvidado, haciendo buena vecindad con los libros y con los bustos. Tal vez sería uno de los juguetes que habrían divertido á Gauvain en su niñez.

Alan hizo de su bramante un látigo, que chasqueaba con orgullo. Así son los inventores: cuando no se descubre la América se descubre un carricoche, pero al inventor siempre le envanece el hallazgo.

Fué preciso que diera participación á sus hermanos; Renato quiso tirar también del carruaje y Georgina subir en él;

ésta se sentó dentro, Renato hizo de caballo y Alan de cochero, pero el cochero no sabia su oficio y el caballo tuvo que enseñárselo.

Renato dijo á Alan:

—Dí jarre!

—Arre! repitió Alan.

El coche volcó, haciendo rodar por el suelo á Georgina, que gritó. Despues tuvo ganas de llorar.

—Para ir dentro eres demasiado grande, la dijo Renato.

—Ande! repitió Georgina, y su grandeza la consoló de la caída.

La cornisa del entablamento debajo de las ventanas era muy ancha; el polvo de los campos, que el aire robaba á la meseta, se depositó durante mucho tiempo en dicha cornisa; las lluvias lo convirtieron en tierra vegetal; el viento dejó caer allí semillas, y una zarza aprovechó aquella tierra para germinar. Esa zarza era de la especie llamada *moral de zorra*. Corria el mes de Agosto: la zarza estaba llena de fruto, y una rama, que entraba por la ventana, colgaba casi hasta el suelo.

Alan, despues de descubrir el braman-te y el carrito, descubrió la zarza y se acercó á ella. Cogió una zarza-mora y se la comió.

—Tambien quiero yo, dijo Renato.

Georgina, á gatas, llegó tambien hasta la rama.

Entre los tres la despojaron de todas las zarza-moras. No solo se las comieron, sino que se untaron las caras, y aquellos tres serafines, rojos con la púrpura de la zarza, acabaron por parecer tres pequeños faunos, que habrian chocado á Dante y deleitado á Virgilio. Se reian á carcajadas, aunque de vez en cuando les picaban las espinas de la zarza. Georgina enseñó á Renato uno de sus dedos, en el que brotaba una gotita de sangre, y dijo señalando á la zarza:—Pica.

Alan, picado tambien, miró la zarza con desconfianza y repuso:—Es un bicho.

—No, respondió Renato; es un palo con pinchos.

—El palo es cosa mala, añadió Alan.

Georgina tuvo gana de llorar otra vez, pero acabó por echarse á reir.

IV.

Entre tanto, Renato, celoso de los descubrimientos de su hermano menor, concibió un gran proyecto. Hacia algun tiempo que sin dejar de comer zarza-moras ni de pincharse los dedos, volvía la vista con frecuencia al facistol, mon-

tado sobre un eje y aislado como un monumento en medio de la biblioteca; colocado y abierto en el facistol estaba el célebre libro de San Bartolomé.

Era un tomo en cuarto, magnífico y memorable, que publicó en Colonia el famoso editor de la Biblia de 1682, Blœw, en latin Cœsins, tirado en prensas de cajas y de correas, impreso, no en papel de Holanda, sino en el hermoso papel árabe, que tanto admiraba Edrisi, que es de seda y de algodón y siempre se conserva blanco. La encuadernacion de dicho libro era de cuero dorado, las abrazaderas de plata y las guardas del pergamino que los pergamineros de Paris juraban no comprar más que en la sala de Saint-Mathurin, "y no en otra parte.", El volúmen estaba lleno de grabados en madera y en cobre y de cartas geográficas de muchos países; precedía al texto una protesta de los impresores, papeleros y libreros contra el edicto de 1635, que establecía un impuesto sobre los cueros, las cervezas, sobre los animales de pezuña hendida, sobre el pescado de mar y sobre el papel, y á la vuelta del frontispicio se leía una dedicatoria á los Gryphes, que son en Lyon lo que los Elzévirson en Amsterdam. De todo esto resultaba un libro casi tan raro como *El Apóstol* de Moscou.

Hermoso era aquel libro; por eso Renato le miraba demasiado quizás. El volúmen estaba abierto precisamente en la página á la que correspondía una gran estampa que representaba á San Bartolomé llevando su piel sobre el brazo, estampa que el niño podia ver estando derecho. Cuando Renato acabó de comer zarza-moras, contempló dicho grabado con carño terrible, y Georgina, cuyos ojos seguian la direccion de la mirada de su hermano, vió la estampa y exclamó:—Santo!

Esta palabra inspiró una resolucion á Renato, que, con asombro de Alan, hizo una cosa extraordinaria.

En un rincon de la biblioteca habia una silla grande de roble. Renato fué á cogerla y la arrastró hasta el pupitre, se subió en ella y puso las dos manos sobre el libro. Llegando hasta su altura sintió la necesidad de mostrarse magnífico; tomó la imágen por la punta superior y la arrancó con cuidado; el desgarron salió atravesado, aunque no fué esa la intencion de Renato, que dejó en el libro todo el lado izquierdo del santo, con un ojo y con parte de la aureola del viejo evangelista apócrifo, y ofreció á Georgi-

na la otra mitad del santo y toda su piel. Georgina lo tomó y dijo:—Home!

—Yo tambien quiero, gritó Alan.

La primera página que se arranca de un libro es como la primera sangre que se vierte; decide la destruccion.

Renato volvió la hoja; detrás del santo estaba el retrato del comendador Pantœnus. Renato dió este retrato á Alan.

Entre tanto Georgina habia roto en dos pedazos su estampa y despues hizo de los dos cuatro; de modo que la historia podia decir que San Bartolomé, despues de ser desollado en Armenia, fué descuartizado en la Bretaña.

V.

Terminado el descuartizamiento, teniendo Georgina la mano hácia Renato, le dijo:—Más.

Al santo y al comentarista seguian retratos más toscos; los de los glosadores. El primero por orden de fechas era Gavantus; le arrancó Renato y se lo entregó á Georgina, y todos los glosadores de San Bartolomé fueron llegando sucesivamente á las manos de la niña.

Dar es una superioridad, y Renato no se reservó para él ninguna estampa; Alan y Georgina le contemplaban y á él le satisfacía la admiracion del público.

Renato, inagotable y magnánimo en sus mercedes, adjudicó á Alan, Fabricio Pignatelli, y á Georgina, el padre Stilling; á Alan, Alonso de Madrigal el Tostado, y á Georgina, Cornelius á Lapide; al niño, Enrique Hammont, y á la niña, el padre Roberti, acompañado de la vista de Donai, donde éste nació en 1619. Alan obtuvo tambien la protesta de los papeleros y Georgina la dedicatoria á los Gryphes: los mapas fueron distribuidos con igualdad, consiguiendo el niño la Etiopia y la niña la Licaonia. Despues de destrozarse el libro le tiró al suelo.

Alan y Georgina contemplaban á Renato, con éxtasis no exento de pavor, fruncir el entrecejo, hacer fuerza con las piernas y empujar fuera del facistol el macizo volúmen. El librote perdió el equilibrio, estuvo pendiente un instante del facistol, se balanceó y cayó despues desencajado, desencajado, con las abrazaderas rotas. Por fortuna no cayó sobre los niños, que aturdidos presenciaron su caída.

No todas las aventuras de los conquistadores terminan con tanta suerte; como

todas las glorias, ésta hizo mucho ruido y levantó polvareda.

Cuando Renato vió el libro en el suelo bajó de la silla.

Hubo un instante de silencio y de terror; la victoria tambien tiene sus momentos de miedo. Los tres niños, asidos de las manos, se retiraron á cierta distancia, desde la que contemplaron el libro destrozado; despues de un rato de meditacion, Alan se acercó á él y con energía le dió un puntapié.

Como existe el apetito de la destruccion, Renato dió tambien un puntapié al libro, Georgina le dió otro, que le dejó sentada en el suelo, y aprovechando este incidente se arrojó sobre San Bartolomé. Tras ella se precipitó Renato y tras éste Alan, y gozosos, triunfantes é implacables, rasgaron las estampas, cortaron las hojas y arrancaron los registros, arañando la encuadernacion, desencolando el cuero dorado, desclavando las abrazaderas, rompiendo el pergamino, destrozando el texto, trabajando con piés, manos, uñas y dientes, y los tres niños, sonrosados, risueños y feroces, como tres ángeles de rapiña, se abatieron sobre el evangelista indefenso.

Aniquilaron la Armenia, la Judea, el Benevento; aniquilaron al papa Gelasio, que declaró apócrifo el evangelio de San Bartolomé Nathanael; aniquilaron todas las figuras, todos los mapas, y la ejecucion del libro antiguo les absorbió de tal modo, que pasó ante ellos un raton sin que le hicieran caso.

Fué aquello un verdadero exterminio; fué despedazar la historia, la leyenda, los milagros, verdaderos ó falsos; el latin de iglesia, las supersticiones, el fanatismo, los misterios; desgarrar una religion de arriba abajo es trabajo para tres gigantes y hasta para tres niños; pasaron horas dedicados á esta tarea, pero una vez terminada, nada quedó ya del libro de San Bartolomé.

Cuando arrancaron la última página y destrozaron la última estampa, Renato se levantó, y al ver el piso lleno de hojas esparcidas empezó á palmo-tear. Alan hizo lo mismo. Georgina cogió una de las hojas del suelo, se apoyó contra la ventana, que la llegaba á la barba, y empezó á arrojar por ella los pedazos pequeños que iba rasgando.

Renato y Alan que la vieron siguieron su ejemplo. Reunieron hojas, las desgarraron y las arrojaron por las ventanas; despues repitieron varias veces esta operacion y casi todo el libro antiguo

arrastrado por el viento. Pensativa Georgina, miraba cómo el enjambre de pequeños papeles blancos se dispersaba por todas partes, exclamando:

—Mariposas!

Terminó la destrucción del libro, disipándose éste en el azul del cielo.

VI.

Tal fué la segunda pena capital que sufrió San Bartolomé, que ya padeció su primer martirio el año 49 de Jesucristo.

Era ya por la tarde y el calor aumentaba en la hora de la siesta; á Georgina se le cerraban los ojos y Renato se dirigió á su cuna, tomó el saco de paja que le servía de colchon, le arrastró hasta la ventana, se tendió en él y dijo:—Durmamos. Alan apoyó la cabeza en el cuerpo de Renato, Georgina en el de Alan, y los tres malhechores se durmieron.

Penetraba el vientecillo tibio por las ventanas abiertas; los perfumes de las flores silvestres que el viento arrebatava de los barrancos y de las colinas volaban mezclados con el hálito de la tarde; el espacio estaba sereno y pacífico; todo irradiaba, todo estaba tranquilo: el sol hacia á la creación la caricia que se llama luz; por todas partes trasporaba la armonía que se exhala de la benevolencia general de las cosas; había maternidad en el infinito; la creación, que es un prodigio en la plenitud de su desarrollo, completa su enormidad con su bondad; parecía que un sér invisible tomara las misteriosas precauciones que en el temible conflicto de los séres protegen á los débiles contra los fuertes. El paisaje, como adormecido, presentaba el viso magnífico que forman en las praderas y en los ríos las alternativas de sombra y de claridad; subían las espirales de humo hasta las nubes, como los ensueños ascienden hasta las visiones; los pájaros revoloteaban por encima de la Tourgne; las golondrinas miraban por las ventanas, como si quisieran cerciorarse de que los niños dormían tranquilamente. Estos estaban graciosamente agrupados, inmóviles, medio desnudos, en hermosas actitudes. Eran frescos, eran puros; contaban apenas nueve años entre los tres, y les mecían ensueños de paraíso, que se reflejaban en sus bocas por medio de vagas sonrisas. Dios tal vez les hablaba al oído; pertenecían á los séres que en todas las lenguas humanas se llaman los débiles y los benditos;

eran los inocentes dignos de veneración. Todo callaba á su alrededor, como si el suave aliento que se escapaba de sus pechos fuese el asunto principal del universo y el objeto de la creación entera; las hojas se rozaban unas con otras; las yerbas no se estremecían; el vasto mundo contenía al parecer la respiración para no turbar el sueño de los tres durmientes humildes y angélicos: nada hay tan sublime como el inmenso respeto de la naturaleza á tan gran debilidad.

El sol iba á ocultarse y casi tocaba en el extremo del horizonte, cuando de improviso en aquella paz profunda brilló un relámpago, que salió del bosque, y luego se oyó un ruido feroz. Acababan de tirar un cañonazo. Los ecos se apoderaron de aquel ruido y lo convirtieron en estrépito, haciéndole retumbar profundamente de colina en colina.

Georgina se despertó. Alzó un poco la cabeza, levantó el dedo, escuchó un rato y dijo:

—Pum!

Cesó el ruido: todo quedó en silencio otra vez. Georgina reclinó la cabeza sobre Alan y volvió á dormirse.

LIBRO CUARTO

La madre.

I.

La muerta pasa.

Micaela Flechard continuó andando. Pá la ventura todo aquel día: su ocupación cotidiana era andar siempre y sin detenerse, porque el sueño á que se entregaba, producido por el cansancio abrumador, no podía llamarse reposo, como tampoco podía llamarse alimento lo que comía, recogido aquí y allá, como los pájaros que picotean lo que encuentran. Comía y dormía lo absolutamente preciso para no caer muerta en medio de un camino.

Pasó la noche anterior en una granja abandonada, que las guerras civiles proporcionan esa clase de posadas. Halló en un campo desierto cuatro paredes, un montón de paja, un pedazo de techo, y se tendió sobre la paja, protegida por el techo; sintiendo al través de aquella bullir los ratones y viendo al través de éste brillar las estrellas. Durmió allí al-

gunas horas, se despertó á media noche y se puso en camino para andar lo más que pudiese antes de que el sol calentase la atmósfera. Para él que viaja á pié en verano es más clemente la media noche que el medio día.

Seguía como Dios le daba á entender el breve itinerario que le indicó el campesino de Vantorles, dirigiéndose lo posible hacia Poniente. Continuamente se decía á sí misma:—“La Tourgne.” No pronunciaba otros nombres más que ese y el de sus hijos.

Pensaba sin dejar de caminar en las vicisitudes que había atravesado, en lo que había padecido, en los encuentros que tuvo, en las indignidades que con ella habían cometido, en las condiciones que le habían impuesto, ya por un asilo, ya por un pedazo de pan, ya sencillamente porque le enseñasen el camino. La mujer miserable es más desgraciada que el hombre pordiosero, porque es instrumento de placer, pero todo lo sufría la pobre madre con la esperanza de encontrar á sus hijos.

Lo primero que aquel día se le presentó en el camino fué una aldea, cuando apenas despuntaba el alba, y todo estaba aun oscuro: sin embargo, ya en la calle principal del pueblo se veían algunas puertas entreabiertas y algunas cabezas se asomaban á las ventanas. Reinaba cierta agitación entre sus habitantes y el pueblo parecía una colmena en conmoción; esto provenía de un ruido de ruedas y de objetos de hierro que sonaban.

En la plaza de la Iglesia un grupo, asustado, levantaba la vista para contemplar algo que desde lo alto de la colina descendía por el camino que conducía á la aldea. Era un carro de cuatro ruedas tirado por cinco caballos uncidos con cadenas. Sobre el carro se distinguía un amontonamiento de vigas largas, en medio de las que iba un objeto informe; aquel conjunto aparecía cubierto por un gran toldo, semejante á un sudario. Diez hombres á caballo marchaban delante del carro y otros diez detrás; llevaban tricornos en la cabeza, y por encima de los hombros les asomaban puntas de acero que parecían sables desnudos. Aquella comitiva, avanzando lentamente, se recortaba en negro sobre el horizonte; la mañana alboreaba detrás de ella.

La comitiva entró en la aldea y se dirigió á la plaza. Durante el descenso del carro acabó de amanecer y pudo verse

con más claridad la comitiva, que parecía una procesión de sombras, porque no pronunciaba ni una sola palabra.

Los ginetes eran gendarmes y llevaban, en efecto, sables desenvainados. El toldo del carro era negro.

La infeliz madre errante entró en la aldea y se acercó al grupo de los aldeanos en el momento en que entraban en la plaza el carro y los gendarmes. En dicho grupo varias voces cuchicheaban haciéndose preguntas y respondiéndose:

—Qué es eso?

—Es la guillotina que vá de paso.

—De dónde viene?

—De Fougères.

—A dónde vá?

—No lo sé; pero se dice que vá hacia un castillo que hay hacia Parigné.

—A Parigné?

—Que vaya donde quiera, con tal de que no se detenga aquí.

El carro atravesó la plaza y salió de la aldea, que estaba situada en un hondo y entre dos cerros. Al cabo de un cuarto de hora, los aldeanos, que permanecían allí como petrificados, vieron reaparecer la lúgubre procesión por la cima del cerro, que estaba al Occidente. Los vaches imprimían movimiento irregular á las gruesas ruedas de la carreta; las cadenas del atalaje chocaban unas con otras, produciendo un ruido que el viento de la mañana llevaba lejos; los sables brillaban; salía el sol; descendieron á la otra parte del cerro y todo desapareció á la vista de los aldeanos.

En este momento Georgina, en la sala de la biblioteca, se despertaba al lado de sus hermanos, aun dormidos, y sonriendo se miraba los pies.

II.

La muerta habla.

La madre no comprendió, ni trató de adivinar, la significación de la comitiva que vió pasar, absorta como estaba en la visión de sus hijos, perdidos en las tinieblas.

Salió también de la aldea poco después que la comitiva, y por el mismo camino que ésta, marchando detrás á corta distancia de los gendarmes que cubrían la retaguardia. De pronto le vino á la imaginación la palabra “guillotina,” que oyó pronunciar. La salvaje Micaela Flechard no sabía lo que era la guillotina, pero su instinto se lo advirtió y experimentó estremecimiento pavoroso sin